

na que descuella notablemente en la pintura. Otras dedicanse á la música. Sevilla es la ciudad de los pianos: apenas habrá familia aunque sólo sea medianamente acomodada, que carezca de él; y casi todas las niñas que reciben escogida educación, aprenden á tocarlo, la que no para ser tenida por gran profesora y recibir ruidosos aplausos, lo bastante para distraer á la cariñosa familia en las tranquilas veladas del hogar.

Excusado es decir, por ser bien sabido de todos, que la joven laboriosa que es buena y obediente hija, llega á ser despues digna esposa y excelente madre. Modelo pueden ser en esto. . . Aquí la que traza estas líneas detiénese un instante, suponiendo que si llegan á ser leídas no faltará quien las juzgue inspiradas por un tenaz deseo de que aparezca la *perla del Bétis* como un paraíso poblado de ángeles, y para mayor gloria sin la fatal serpiente, incitadora del mal. No ha existido en su ánimo semejante pretension, comprendiendo, y así lo manifiesta, que Sevilla no se exime de sufrir esas plagas que son inherentes á todas las grandes poblaciones. Como en éstas, vive en ella multitud de gente perdida, entre la que figuran además de rateros y vagos dispuestos á toda clase de *aventuras*, muchas de esas infelices mujeres, deshonra de su sexo y de la humanidad. Con tal motivo los aldeanos de la provincia acusan á la Capital de gran desmoralización de costumbres, sin comprender que de esos seres degradados pocos han nacido en ella, siendo los más la escoria que los pueblos pequeños arrojan constantemente de su seno y que afluye y se confunde en los inmundos centros de perdición que existen en las ciudades populosas.

Por otra parte, aunque muchas de esas infelices mujeres fueran nacidas aquí, nada importaría á nuestro objeto: al hablar de las sevillanas lo hacemos sólo de las que con toda justicia se pueden llamar *decentes*; y entiéndase que no usamos esta palabra como calificativo especial de las que pertenecen á clases distinguidas segun generalmente se acostumbra en menoscabo de las que carecen de buena posición. Decente es, ó debe serlo á los ojos de toda persona sensata, la mujer que es honrada y digna del general aprecio por sus buenas cualidades, ya pueda ostentar en su frente rica diadema, indicio de elevada categoría, ya la cubra con el humilde pañuelo de algodón, propio de la más pobre menestrala.

La clase *decente* es, pues, en Sevilla numerosísima; y ratificándonos en lo que ántes decíamos, añadiremos que lo mismo entre las familias pobres que entre las opulentas, la mujer puede aquí presentarse como claro modelo entre las más honradas del mundo.

¿Todas son perfectas? ¿No habrá excepciones?—diría tal vez el que leyese estas líneas.

A lo que contestaríamos preguntando asimismo:

¿Pudiera esto ser así en una ciudad tan populosa como Sevilla?

Hay, en efecto, excepciones; y si no muy crecido el número de las que por sus defectos se singularizan, es lo bastante para que entre ellas aparezcan tipos que puedan considerarse como excepcionales, dignos de ser descritos. Pero ¿qué importa esto, donde es tan ostensible el mérito de la inmensa mayoría? ¿En los cuadros más bellos no se miran leves toques de sombra que en vez de hacerlos desmerecer les prestan nuevo realce?

•••

Al terminar este artículo, ya demasiado extenso, restanos sólo agregar, demostrando lo que nos propusimos, que al espíritu de la doctrina evangélica se deben muchas de las excelentes cualidades que avaloran el carácter franco y alegre de las privilegiadas hijas de este suelo. El sentimiento de la moral católica se halla profundamente arraigado en sus corazones, quizás aun en los de aquellas mismas que, por insensato y pasajero capricho, afectan un escepticismo que su conciencia rechaza.

Ese elevado sentimiento, que ha conseguido siempre domar las más vivas pasiones y que inspira á todas la noble dignidad que se refleja en sus actos, se infiltra en sus almas con las oraciones que, desde la niñez, oyen en los labios de cariñosa madre; lo comprenden luego en el buen ejemplo, en las sensatas aspiraciones, en la devoción de sus antecesoras; lo admiran más tarde en las obras maestras de afamados artistas; casi pudiera decirse que lo aspiran en la tibia y perfumada atmósfera de sus templos, en el aire apacible de sus campos, acrecentándose constantemente bajo la pura luz de su despejado cielo.

Nacer y vivir en la *Ciudad Mariana*, admirar las brillantes huellas de sus cristianos poetas, de sus fervorosos artistas; extasiarse en la contemplación de la exuberante naturaleza y del espléndido sol de Andalucía, y no creer en Dios, cosa fuera bien extraña para muchos y del todo incomprensible para las verdaderas sevillanas.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

EL SUEÑO DE UN ARTISTA.

(Conclusion.)

Estas palabras resonaban en mi corazón como el eco armonioso de un coro de ángeles; mi alma sentía un arrobamiento feliz; un fluido magnético recorría mis venas y agitaba mi sistema nervioso; quería hablar y no podía; miraba y no veía; en mi cerebro bullían cien ideas con-